

Homilía - Primer Domingo de Adviento A

Todos estamos familiarizados con la práctica de tener una Corona de Adviento y Navidad. Normalmente, hay cuatro velas (tres moradas y una rosada) que significan las cuatro semanas de Adviento. En ocasiones, se le agrega una quinta vela (blanca) para significar la Navidad. Estas velas son encendidas gradualmente (una cada domingo) hasta que todas están encendidas en Navidad. Este rito tradicional nos ayuda grandemente a entender de qué trata el Adviento, que es la venida gradual de la “LUZ DE REVELACION A LOS GENTILES, Y gloria de Tu pueblo Israel” (Lucas 2:32; NBLH). Jesús es la Luz. Lo reconocemos en el Credo como la “Luz de Luz...” San Juan se refiere a Él como “La luz verdadera que... alumbra a todo hombre” (Juan 1:9). Esta luz trae “la SALVACION HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA” (Hechos 13:47; cf. Isaías 49:6).

Mis queridos hermanos y hermanas: El mensaje de Adviento es sencillo. Todo él trata de amistad y comunión. Dios quiere entrar en amistad y comunión con nosotros. Esto subraya la importancia del simbolismo de la luz. San Juan explica: “Dios es Luz, y en El no hay ninguna tiniebla. Si decimos que tenemos comunión con El, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad. Pero si andamos en la Luz, como El está en la Luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado” (1Juan 1:5-7).

En la Primera Lectura de hoy (Isaías 2:1-5), Isaías anticipó la primera venida del Señor. El profeta dirigió un apasionado llamado a los israelitas para que se pusieran en comunión con Dios: “¡Casa de Jacob, en marcha! Caminemos a la luz del Señor.” Afirmó que con la venida del Señor, la relación entre Dios y la humanidad será transformada; el mundo será un lugar mejor para vivir. El amor de Dios en Cristo se esparcirá como “fuego salvaje” iluminando el mundo. La persona en dificultad y el abatido tendrán un motivo para creer y esperar de nuevo. La Iglesia de Dios recuperará su preeminencia: el “monte de la casa de Señor [la Iglesia] será elevado en la cima de los montes... y hacia él confluirán todas las naciones.” La oscuridad del pecado y de la ignorancia será dispersada. Las personas reconocerán los caminos de Dios y seguirán sus senderos. No habrá espacio para las guerras; y la paz reinará. La amistad y el amor fraternal reinarán.

En la Segunda Lectura (Romanos 13:11-14), San Pablo continúa la apasionada súplica, predicando una especie de “Misión de Adviento”. El toma en cuenta el segundo sentido de Adviento, la Segunda y Final Venida del Señor en toda su Gloria. San Pablo nos advierte de que es ya tiempo para que nos despertemos del sueño de “apego a los hábitos pecaminosos” y vivir en plena luz de santidad. Necesitamos prepararnos meticulosamente para la venida del

Señor. Debemos abandonar los deseos de la carne: orgías, borracheras, promiscuidad, lujuria, rivalidad y envidia. “Porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer (Esto es, de cuando fuimos bautizados)... Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y revistámonos con las armas de la luz.”

En el pasaje evangélico de hoy (Mateo 24:37-44), Jesús proclama: “Velen... estén preparados, porque a la hora que menos lo piensen, vendrá el Hijo de Hombre”. La supuesta sabiduría popular habla de relajarse, recomienda no preocuparse seriamente por estas advertencias. Ella dice: “Habrá tiempo, mañana cambiaré.” Cristo afirma que podría ser que ese “mañana” no se dé: “Así como sucedió en tiempos de Noé, así también sucederá cuando venga el Hijo del Hombre. Antes del diluvio, la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca. Y cuando menos lo esperaban, sobrevino el diluvio y se llevó a todos. Lo mismo sucederá cuando venga el Hijo de hombre”.

Mis hermanos: el Adviento nos ofrece la oportunidad para empezar de Nuevo. Este Nuevo período puede ser utilizado “para empezar” una nueva relación con Dios y el prójimo; o “para profundizar” esa relación; o “para restaurar” la relación que se ha roto. Durante este período, es común aquí en Estados Unidos y en muchas partes del mundo iluminar nuestras casas con hermosas luces decorativas. Que esta bella práctica no sea un mero embellecimiento de la casa material, que sea, sobre todo, un signo “sacramental” de una transformación interior de nuestra vida personal y familiar. Estamos llamados a “iluminar nuestras vidas”. Esta estación trata sobre Jesús Cristo (“Jesús es la razón para la estación”). Jesús es Señor no solamente de lo visible y físico; sino el Señor de nuestro cuerpo y de nuestra alma. De manera que, las preparaciones externas acostumbradas – corona de adviento, compras, intercambios de tarjetas, planeamiento de vacaciones con amigos y familias – son importantes. Pero es más importante el hecho de que estamos comprometidos a no pasar por alto el aspecto espiritual.

Finalmente, el Adviento nos llama a un cambio en nuestra manera de vivir. Normalmente planificamos nuestra agenda y ponemos en ella un montón de cosas, cosas que son importantes para nosotros. ¿Están el Señor y nuestra fe encabezando nuestra agenda? ¿Son mis oraciones y mi espiritualidad importantes en mi lista? ¿Soy indulgente con hábitos nocivos y ataduras pecaminosas? ¿Abuso del alcohol y otras drogas? ¿Peco contra la castidad? ¿Albergo pensamientos de rencor y odio en contra de mis padres, hermanos, parientes u otras personas? Y ¿qué tal los pecados de avaricia, egoísmo, desobediencia, inmoralidad, rechazo a perdonar, orgullo y borrachera? Que Dios nos ayude y bendiga todas nuestras preparaciones por Cristo nuestro Señor. Amén.